

La globalización: hacia una política interna del mundo

Hugo Fazio V.¹

Grandes dificultades experimentan quienes en la actualidad se dedican al estudio de la realidad internacional; su campo de estudio, es decir, lo que de modo corriente se conoce como "lo internacional" o, simplemente, las relaciones internacionales, se ha convertido en una trama borrosa, confusa, e incluso, algunas de sus páginas, a veces, inasibles. Desde que tuvo lugar el fin de la guerra fría, el panorama mundial ha dado un giro de ciento ochenta grados. La vida internacional ha cambiado a tal punto su fisonomía que, en nuestro presente más inmediato, el aparato categorial del que se dispone resulta insuficiente e ineficaz, razón por la cual urge emprender un cambio de perspectiva para poder dar cuenta de su naturaleza.

Ante la magnitud de estos problemas, vale, entonces, preguntarse: ¿qué ha cambiado? y ¿a partir de qué premisas se puede emprender una nueva interpretación de "lo internacional"? A nuestro modo de ver, el cambio se puede sintetizar en pocas palabras: el globo dejó de ser una figura astronómica y ha adquirido una significación histórica.¹ Evidentemente, las metáforas no son conceptos y se recurre por lo general a ellas para tratar de evocar una sensación cuando no se logra precisar el sentido de un evento. Se debe reconocer igualmente que no todas las metáforas, incluso las que alcanzan mayores cotas de popularidad, son acertadas.

La imagen del mundo como categoría histórica tiene, sin embargo, tres grandes virtudes: de una parte, sugiere que el planeta dejó de ser un escenario donde se desenvuelve un conjunto de distintas historias para convertirse él mismo en una historia. El planeta ya no puede contemplarse como un simple escenario o una suerte de macroestructura, sino como una necesaria historización, cuya unicidad ya no viene determinada metahistóricamente por la naturaleza y/o la geografía, sino por la misma historia, porque ha entrado a modificarse social, económica y políticamente, situación que, además de entenderse como un proceso histórico, entraña el redimensionamiento del papel de los agentes en el proceso de planetarización.

Esta imagen nos pone frente al hecho de que al convertirse el mundo en una categoría histórica, el espacio y el tiempo se reconstituyen dentro del cambio histórico, y, en esta historización, el tiempo se sobrepone al espacio y que, para

desenredar el sentido de sus significados inmanentes, se debe ecualizar el cambio, las novedades, las modificaciones con las permanencias e invariabilidades.

De esta metáfora se infiere igualmente que las variadas fronteras se encuentran en un proceso de permanente reacomodo. De las múltiples variaciones que se presentan en este plano, cabe destacar dos: la primera consiste en el hecho que los distintos colectivos humanos han entrado por vez primera a compartir un mismo horizonte espacio-temporal (el mundo), y la segunda se expresa en que los niveles de interpenetración en algunos campos se encuentran en un nivel tan elevado que muchos procesos contemporáneos solo pueden concebirse en su dimensión planetarizada.

Pero también de la metáfora se puede inferir una adecuada perspectiva para hacer inteligible la realidad contemporánea: la anterior representación de las relaciones internacionales, cuyo eje nodal reposaba en aquellas instancias que se concebían como entidades autorreguladas (los Estados) y donde el conjunto (el sistema internacional) se entendía simplemente como el resultado de los vínculos que se establecían entre las partes (las relaciones internacionales), puede y debe renovarse por la de una política interior mundial o de unas relaciones internas al mundo.

Por último, la metáfora sugiere un procedimiento metodológico para aprehender el mundo en su conjunto. Cual *zoom*, el mundo en su significación histórica permite distinguir las particularidades que se presentan en las diferentes escalas de análisis, tanto en las espaciales como en las temporales: el mundo y el presente histórico en la larga duración, las regiones, las naciones y el tiempo presente en la mediana duración y lo local y lo contingente en la corta duración. Se debe cuidar, eso sí, de no caer en el equivoco tan corriente en la disciplina de la historia de observar estas escalas de análisis como acumulación de duraciones superpuestas, cuando en cada uno de estos niveles, complejamente compenetrados, los encadenamientos son diferentes en cuanto a su configuración y causalidad.²

Sobre todo, es pertinente recordar esta advertencia en lo que se refiere a las escalas de análisis temporales. Cuando se observan a distancia, las grandes pericias de la historia parecen impuestas por la necesidad de los tiempos, por los hilos

1 Magíster en historia, doctor en ciencia política, profesor titular del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia y del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes en Bogotá. Cibercorreo: hfazio@uniandes.edu.co

de la Fortuna, el Destino o la Providencia. Pero cuando se contemplan desde cerca, "parecen el resultado de muchos episodios contingentes, de ocasiones en parte aprovechadas y en parte perdidas, de sucesos totalmente casuales [...] En cada momento, el río de la historia parece poder adquirir una u otra dirección".³ Esta circunstancia es la que realza la importancia de los desarrollos globales, muchos de los cuales, en nuestro presente, se presentan como globalizaciones en *clave local*.

La metáfora también nos previene sobre el carácter dialéctico de cómo operan las distintas escalas espaciales. Así, por ejemplo, cuando se adelanta un análisis sobre la globalización desde una perspectiva global, tratando de captar al mundo en su conjunto, se está optando por una lectura que apunta su mirada en los factores y en las situaciones que integran el planeta y, por tanto, el centro de atención gravita alrededor de aquellas circunstancias que tienden a homogeneizar a las regiones y países en torno a determinadas prácticas y representaciones comunes. Por el contrario, cuando se parte desde un punto de vista local, regional o nacional, el centro de atención gira en torno a la manera como estas dimensiones se ajustan a los imperativos globales, por lo que se privilegia una visión que destaca la apertura progresiva de estos emplazamientos en su proceso de adaptación a determinadas tendencias globales. Es decir, mientras un nivel de análisis relaciona los macroprocesos con integración y pareciera que los países quedan cooptados o subsumidos dentro de estas dinámicas globales, el otro establece una equivalencia con apertura y, por lo tanto, con las disímiles propuestas de inserción internacional. Integración y apertura, homogeneización y diferencia no son, por tanto, dinámicas excluyentes, sino dos lados de una misma moneda: el mundo en su unicidad histórica.

Desde esta perspectiva, los estudios internacionales deben refocalizar su mirada para condensar en su análisis el tríptico del mundo como unidad, con los vínculos entre las naciones y, por último, la compenetración de lo local con lo global, pero sin caer en el equívoco de suponer que se inscriben dentro de una secuencia vertical y/o jerárquica, de mayor a menor o de menor a mayor, pues también tienen lugar compenetraciones transversales y horizontales. De estas ilusiones que pueden desprenderse de la metáfora, se puede considerar que la representación contiene en germen la posibilidad para convertirse en una categoría con capacidad para ser utilizada en el análisis, la interpretación y la explicación de varios fenómenos inherentes al mundo que nos ha correspondido vivir y, de esa manera, puede ser un útil recurso para sacar a los estudios internacionales del atolladero en que se encuentran.

No obstante la pertinencia y la riqueza que encierra la metáfora, es una imagen que supone, pero que no comporta todavía, ninguna explicación. Es solamente el primer acto de conocer. Es, como decía Johannes Kepler, una percepción del

exterior que "centellea en el alma". La metáfora, aun cuando comporte una gran riqueza, es una forma de conocimiento anterior a los conceptos, la cual se debe verificar con otras imágenes que provienen del interior del observador. Así se produce el segundo acto de conocer. De ahí que un interrogante inmediatamente venga a la mente: ¿de dónde proviene este radical cambio? ¿Qué ha hecho posible esta unicidad del mundo? ¿Sobre qué fundamentos se pueden hilar las relaciones internas al mundo?

A nuestro modo de ver, la radicalidad de estos cambios se puede sintetizar en unas cuantas palabras: la intensificación de la globalización. Difícil, por no decir improbable, es encontrar ámbito, dinámica social o región del planeta adonde no se extiendan los tentáculos de la globalización o donde no se perciban sus réplicas directas o indirectas. Cual genio, liberado de la botella donde se encontraba encerrado, la globalización, precedentemente confinada a determinados sectores (v. gr., la economía), a precisos radios de acción (el mundo atlántico) y a la imprecisa volubilidad de determinados actores (las grandes potencias), en las últimas décadas del siglo XX se emancipó y se convirtió en una fuerza causada y causante, que ha entrado a remodelar la vida en el planeta.

Sin que se le pueda atribuir ninguna misión o pretensión teleológica, como podría ser el horizonte de una economía-mundo, una sociedad-mundo, una política-mundo o una cultura-mundo o una linealidad de menor a mayor en su desarrollo, cuando alcanza altos niveles de intensificación, la globalización llega para quedarse. En este plano se observa una de las diferencias de fondo entre el contexto globalizante de finales del siglo XIX y el actual. El anterior se expresaba a través de la internacionalización y era, por tanto, reversible. No desmiente su naturaleza el hecho de que al iniciar el siglo XX, el mundo entrara en un ciclo de desglobalización. El actual, por el contrario, no solo ha trascendido los marcos de la internacionalización, para asumir una fisonomía más compleja, sino que ha alcanzado unos niveles de compenetración tan elevados, que ningún evento ni la acción de ningún Estado puede aminorar o detener su marcha. Incluso el 11 de septiembre, acontecimiento que algunos autores interpretaron como la finalización de la incontrolada globalización,⁴ resultó ser un poderoso acelerador de la misma. La globalización, entre otros, acabó con uno de los monopolios más preciados de los Estados: la seguridad. Con posterioridad a los sucesos de Nueva York y Washington es cierto que se aminoró el ritmo de la globalización económica, pero se incrementaron sus manifestaciones en el plano social, político y cultural.⁵

Este destape de la globalización se ha traducido también en el más poderoso estímulo para que comenzaran a evaporarse muchas de las anteriores certezas. La seguridad y la predecibilidad a que nos habían acostumbrado el saber científico y la tecnología comenzaron a ser relativizados. El futuro por conquistar se tornó incierto y el manejo del presente se

convirtió en una compleja tarea. Por ello, consideramos que para aprehender la radicalidad de los cambios actuales, se debe recurrir a la noción de globalización y a la manera como este proceso ha entrañado el tránsito de la historia mundial a una nascente historia global, la cual alude a la sincronización y al encadenamiento de las disímiles trayectorias históricas que entran en resonancia.

Esta transformación cualitativa que ha experimentado el mundo se basa en tres axiomas: primero, ya no podemos seguir pensando ningún país o región del planeta como una categoría analítica aislada, puesto que todos ellos se encuentran insertos dentro de una totalidad de la que constituyen segmentos. Así, por ejemplo, Néstor García Canclini, hace poco tiempo, precisaba que la condición actual de América latina “desborda su territorio”.⁶

En esta transmutación hacia una historia global, una de las mayores novedades que introduce la globalización intensificada consiste en que entrelaza la diacronía de los entramados históricos particulares con la sincronía de la contemporaneidad globalizada. Con la globalización se transforman las trayectorias de las sociedades, pero no se extingue su propia historia. Más bien, ocurre lo contrario. La globalización devela la intimidad de todas las sociedades y exterioriza sus fortalezas y debilidades.

Segundo, la transformación del mundo en una categoría histórica requiere pensar más allá de la linealidad de la modernidad occidental. Incluir las variadas historias locales como partes constitutivas de los diseños globales⁷ obliga a reconceptualizar en parte el aparato categorial del saber académico.* En este sentido, sin inscribirnos dentro de una propuesta de trabajo que se organice de acuerdo con los presupuestos teóricos de los estudios poscoloniales, compartimos la idea de que fenómenos de tanta amplitud como las migraciones actuales conducen a una hibridación de los referentes de interpretación social, con el cual lo poscolonial escapa a cualquier tipo de marco binario, para constituirse en un nuevo arquetipo de síntesis.⁸ No es fortuito que las ciudades globales —emblemas de la modernidad contemporánea y de la globalización—, los lugares donde se cristalizan las relaciones locales con las transnacionales, se hayan convertido en los espacios del poscolonialismo y que comporten las condiciones para la formación de un discurso poscolonialista.⁹

Tercero, la integración de los distintos colectivos en torno a una unidad —el mundo— nos lleva a pensar las distintas experiencias sociales no como cosas dadas, sino como un proceso cosmopolita de diálogo intercultural,¹⁰ como la concreción de un paisaje global, escenario que produce inéditas modulaciones a partir de la diversidad.

* “El mapa del *locus* de enunciación [...] muestra la necesidad de pensar el conocimiento como geopolítica en vez de pensarlo como un lugar universal al que todos tienen acceso, pero del que, desafortunadamente, solo algunos tienen las llaves”. Walter D. Mignolo⁷

Por globalización entendemos ante todo una transformación histórica, no un simple nuevo entorno histórico, sino un cambio de época, cuyos principales contornos estarían conformados por la constitución de contextos posnacionales. Para decirlo en otras palabras, somos de la opinión de que la intensificación de la globalización denota la entrada del mundo, y no solo de una región del planeta, en una “segunda modernidad”¹¹ o en una “modernidad mundo”.¹²

Pensar la globalización como expresión del ingreso a una nueva forma de modernidad plantea la necesidad de emprender un cambio de paradigma que permita dar cuenta de las situaciones, articulaciones y representaciones de esta nueva era histórica. De la anterior que se articulaba en torno a la nación, el territorio, la sociedad y el Estado nacional se impone la necesidad de construir una perspectiva que dé cuenta del mundo como un entramado unitario.

La integración de este conjunto de presupuestos, articulados en torno a la idea de que se estaría asistiendo a un cambio civilizatorio, supone un radical cambio de perspectiva sobre la naturaleza del escenario de lo internacional porque obliga a reconsiderar este campo desde una óptica nueva en la cual se conjugan dos tipos de elementos: de una parte, los de transformación, es decir, aquellos cambios que se expresan en la profundización de una política global y en el advenimiento de una sociedad global.

La política global no se refiere a la conformación de una supraestatalidad de tipo transnacional, una especie de Estado mundial, sino a una política entendida como la interrelación entre las instituciones del gobierno global, o sea, los grupos, redes y movimientos que comprenden los mecanismos a través de los que los individuos negocian y renegocian contratos sociales o pactos políticos a escala global. “Es decir, un sistema de relaciones entre estados o grupos de estados ha sido suplantado por un entramado político más complejo, que implica a una serie de instituciones e individuos, y en el que hay un lugar, quizá pequeño, para la razón y el sentimiento individual y no solo para el interés del Estado o bloque”.¹³

La sociedad global, por su parte, no debe entenderse como la constitución de una colectividad homogénea, pues de hecho ninguna sociedad lo es ni lo ha sido. Ni siquiera lo fueron las llamadas sociedades socialistas que tenían como propósito fundamental alcanzar una completa igualdad social. “La sociedad global es y continuará siendo un todo poblado de provincias y naciones, pueblos y étnicas, lenguas y dialectos, sectas y religiones, comunidades y sociedades, culturas y civilizaciones. Las diversidades que florecieron en el ámbito de la sociedad nacional, cuando esta absorbió feudos, burgos y tribus, etnias y naciones pueden tanto desaparecer como transformarse y desaparecer en el ámbito de la sociedad global. Los horizontes abiertos por la globalización comportan la homogeneización y la diversificación, la integración y la contradicción”.¹⁴

La particularidad de la sociedad global consiste en que, a diferencia de los sistemas nacionales hasta hoy conocidos —que se consideraban normativos, que se pensaban en términos de una totalidad que coordinaba y adaptaba todos los aspectos de la existencia humana a través de mecanismos económicos, poder político y patrones culturales—, esta se sitúa en niveles radicalmente diferentes en tanto que alude a la conformación de una especie de archipiélago social mundial.¹⁵

De otra parte, intervienen los factores de trascendencia, entre los cuales se cuenta la realización de lo "internacional" en los variados intersticios espacio-temporales globalizantes. En términos de trascendencia, esta interpretación de la globalización le asigna un nuevo contenido al adjetivo global, revolucionando todas las perspectivas anteriores. Lo "global" no alude a una forma de planetarización, sea bajo la fórmula de la internacionalización, la interdependencia o la transnacionalización; presupone incorporar "internamente lo internacional".

Si el mundo está ingresando en una nueva modernidad, las relaciones internacionales no representan vínculos entre partes, sino que escenifican una naciente y globalizada política interior mundial. Esta perspectiva es innovadora en su misma fundamentación porque cuando se asume el mundo como un todo, el entendimiento del sentido de cambio de época exhorta al desarrollo de una perspectiva analítica nueva que permita captar las articulaciones que tienen lugar en el interior de esta globalidad mundial. Ello no significa que las naciones, regiones y localidades desaparezcan, o pierdan su relevancia, sino que se sincronizan barrocamente, con diferentes ritmos e intensidades, en torno a un cúmulo de patrones globales.

Una perspectiva tal introduce tres elementos de novedad con respecto a los enfoques usuales sobre la globalización. En primer lugar, asume que uno de los rasgos del mundo actual consiste en la compresión del espacio por el tiempo, pero no pretende identificar esta transformación con una práctica que se ciñe y deriva únicamente de la experiencia de Occidente. Es decir, sin entrar a cuestionar o negar las asimetrías que se presentan entre las distintas regiones del planeta, con el advenimiento de esta "modernidad-mundo", Occidente ha perdido no solo el monopolio en la producción de sentido, sino que las naciones desarrolladas dejaron de marcar el rumbo en el proceso de modernización de los países menos desarrollados.

Llevando esta tesis a un punto más extremo, se puede generalizar que el mundo desarrollado dejó de indicarles el camino a los países en desarrollo, pues en un mundo globalizado existen numerosas trochas para comprimir en el tiempo el mentado desarrollo. Pero, también, estos últimos, en varios aspectos, son los que le muestran a los primeros la imagen de su propio futuro. "En el lado positivo, podríamos enumerar características tales como el desarrollo de sociedades

multirreligiosas, multiétnicas y multiculturales, los modelos interculturales [...] En el aspecto negativo, podríamos señalar la extensión del sector informal de la economía y la flexibilización del trabajo, la desregulación legal de grandes sectores de la economía y de las relaciones laborales, la pérdida de legitimidad del Estado, el crecimiento del desempleo y del subempleo, la intervención más enérgica de las corporaciones multinacionales y los elevados índices de violencia y crimen cotidiano".¹⁶

Lo que antes se interpretaba como consecuencia del atraso, en esta perspectiva se convierte en fortaleza. Una condición de existencia paradigmática de América latina, que consiste en que tradición y modernidad han convivido en términos incluyentes,¹⁷ facilita la adaptación a un mundo globalizado.

En segundo lugar, se presupone generalmente que con la intensificación de la globalización se estaría asistiendo a un desbordamiento de las naciones y, en su entrecruzamiento, tendría lugar la constitución de un mundo global. La globalización asumiría una direccionalidad, hacia la cual todas las naciones inexorablemente estarían avanzando. Este tipo de tesis reproduce el mismo defecto de todas las tesis que arrancan de la analogía interna, que al transferir mediante una especie de *spill over* (desbordamiento) al plano externo los elementos propios de funcionamiento de las sociedades, desconocen las especificidades de lo "externo" o, mejor dicho, de lo global. Pasan por alto el hecho de que la globalización ha tenido ritmos y alcances diferenciados. Entender la globalización como transformación histórica sugiere que a medida en que este proceso se ha consolidado, la globalización se ha "autonomizado" de determinados campos y actores y ha comenzado a "gobernar" por dinámicas externas a ella (v. gr., los desarrollos tecnológicos), pero también por procedimientos que a veces ella misma constituye (anulación de las distancias). Precisamente, en ello radica la dificultad para comprender la globalización, por ser una indeterminada realidad mundial que no se encuentra sujeta a ningún tipo de determinismo, causalidades ni de leyes.

En tercer lugar, suponer que la globalización ha entrañado una transformación histórica obliga a modificar las aproximaciones usuales que han gobernado las ciencias sociales. No por prurito académico, sino porque la misma realidad se encuentra en un voraginoso proceso de transformación. Es un hecho que la historia en el mundo avanza más rápido que los estudios sociales, razón por la cual estos se encuentran permanentemente desfasados con respecto a la calidad de los cambios que tienen lugar en el escenario mundial.

Jesús Martín Barbero, en el prólogo al libro de Milton Santos, *Por otra globalización: del pensamiento único a la conciencia universal*,¹⁸ volvió sobre esta misma idea pero en relación directa con lo internacional: "Es por falta de categorías analíticas y de historia que [...] seguimos mentalmente anclados en el tiempo de las relaciones internacionales

les, cuando lo que hoy necesitamos pensar es el mundo, es decir, el paso de la internacionalización a la mundialización”.

El problema de fondo que plantea el análisis de la globalización es que exige emprender una renovación en la mirada de los asuntos sociales, en alguna medida similar al revolucionario cambio de perspectiva que introdujeron los pintores renacentistas italianos, perspectiva que permitía evitar los engaños ópticos, que dio vida al ‘punto de fuga’ en el horizonte, que es lo que permite captar las distintas dimensiones del objeto, independientemente del ángulo desde el cual se visualice. Con la globalización se enfrenta un desafío similar. La mayor parte de las lecturas de la globalización no convergen en un punto que pueda ser identificado como el núcleo de este proceso. Las miradas se diseminan por fenómenos particulares, y no siempre se corresponden los unos con los otros. Por esta razón, consideramos que trabajar sobre el tema de la globalización nos lleva a emprender una renovación de la perspectiva que, reconociendo debidamente el carácter diferenciado que tiene cada uno de estos campos, proporcione una representación que permita captar la multidimensionalidad del fenómeno. Y es en este punto donde la mayor parte de las perspectivas se quedan a medio camino; terminan reduciendo el problema a un aspecto singular, cuando su naturaleza solo se puede aprehender en términos igualmente globales.

En cierto sentido, cuando se piensa lo global como interioridad mundial se debe propender por el desarrollo de una perspectiva analítica innovadora, más sistémica, integradora, tal como han venido pregonando importantes figuras de las ciencias naturales,^{19, 20, 21} para quienes ha cambiado la aproximación a la relación existente entre la parte y todo, el énfasis en la estructura por el privilegiamiento del proceso y en donde la realidad se presenta más bien como una complicada telaraña de relaciones existentes entre las diversas partes del conjunto.

Pero, el mundo como categoría histórica obliga a ir incluso más allá. Para comprender los pliegues de esta transdisciplinariedad temática se requiere recurrir a un paradigma no estático, sino dinámico, que permita aprehender los distintos presupuestos en los que tiene lugar esta intimidad del mundo. No se puede seguir apegado a una división disciplinar y analizar, por ejemplo, el Estado (asunto politológico que sigue inscrito en una dimensión territorial) y el mercado (dinámica económica desterritorializada), para después establecer relaciones de convergencia o causalidad entre ellos. Un enfoque tal diluye y distorsiona las compenetraciones estratégicas que están redefiniendo tanto la política como la economía.

Son estas preocupaciones, así como la envergadura de los problemas del mundo actual, lo que ha llevado a estudiosos, como el sociólogo alemán Ulrich Beck, a proponer el tránsito del anterior nacionalismo metodológico hacia un nuevo cosmopolitismo metodológico. “Desde la perspectiva

del cosmopolitismo metodológico se ve con claridad súbita que lo nacional y lo internacional no pueden diferenciarse nitidamente para constituir unidades homogéneas separadas las unas de las otras. De esta manera, el contenedor de poder del Estado nacional se rompe desde dentro y desde fuera y surge una nueva óptica, una nueva perspectiva espaciotemporal, nuevas coordenadas de lo social y político, una nueva figura del mundo, que justifica un nuevo concepto para esta época, a saber, el de la Segunda Modernidad”.²²

Es, en particular, a partir de esta última perspectiva como se puede comprender de manera más cabal la forma como la globalización se ha convertido en un componente central de los estudios internacionales. Es indudable que hasta hace poco el concepto “relaciones internacionales” era una noción lo suficientemente abarcadora como para explicar la casi totalidad de situaciones que tenían lugar en el campo de lo “externo”. Sin embargo, en la actualidad, no solo los Estados perdieron el monopolio de la actuación en el plano exterior; también se ha asistido a una profunda transformación en aquella frontera sobre la que se asienta toda la lógica discursiva sobre lo internacional: lo “interno” en contraposición con lo “externo”. No es cierto que la dicotomía interno/externo esté desapareciendo. El problema es que dejó de detentar la centralidad que antes tuviera. Lo internacional ya no se realiza a partir de esta frontera. El problema que en esta temática ha introducido la globalización consiste en la necesidad de vincular estas dos vibraciones (lo nacional y lo internacional), no como polos opuestos, sino como entrelazamientos compenetrados.

Pero también, otras nociones que fueron populares décadas atrás han perdido su atractivo. Conceptos como política mundial (*world politics*), noción que reflejaba una dimensión territorializada de la globalización en la medida en que lo internacional se realizaba en el interior de los dos grandes bloques, tampoco resultan muy pertinentes cuando se quiere explicar el mundo en los inicios del siglo XXI. La política mundial, noción que tenía el mérito de trascender la lógica de lo interestatal y que aludía a la conformación de una naciente dimensión propiamente planetaria de la política, tampoco resulta muy operativa para dar cuenta del acontecer actual, debido a que no solo se han consolidado dimensiones que se ubican por encima de la lógica interestatal; también se han afianzado otras dimensiones de tipo transestatal, supraestatal, infraestatal y paraestatal, todas las cuales reproducen complejas retroalimentaciones. Igualmente importante es el hecho de que la vida internacional ya no se cristaliza en torno a unas variables preferentemente políticas, pues cada vez intervienen más situaciones sociales, culturales, ideológicas, económicas y medioambientales, y las fronteras entre todas ellas también se han vuelto muy opacas.

Es, por tanto, tomando esta última corriente interpretativa de la globalización como transformación histórica como se puede entender el “mundo como singularidad histórica” y

acometer una reformulación de “lo internacional” a partir de una historia global. Como lo señalábamos en un anterior trabajo,²³ el problema concreto que plantea el estudio de la globalización consiste en que como lo global se ha convertido en una nueva dimensión de la realidad planetaria, se requiere reconstituir una historia que integre lo global. Pero no en el sentido ilustrado portador de un sentimiento imperial que se preocupaba por mostrar cómo el progreso de Europa convirtió a esta región del planeta en la columna vertebral de la historia universal, mientras reservaba al resto del mundo un papel pasivo, de objeto pero no de sujeto de la historia, razón por la cual se le interpretaba de acuerdo con los estereotipos y las imágenes mundiales que se proyectaban desde Occidente (Europa), sino en el sentido de que “los historiadores ya no necesitan inventar el mundo con el objeto de estudiar la historia mundial; el mundo existe como un hecho material y como práctica diaria en la organización global de la producción y de la destrucción”.²⁴

Las transformaciones que tienen lugar en el campo de las relaciones internacionales sugieren que ya es hora de sustituir aquellas perspectivas que concebía el mundo pasado y/o presente a partir de un idealizado o normativo sistema westfaliano por una representación más abarcadora, rica y compleja, como es la de una *formación social globalizada*, la cual, además de poner en evidencia las articulaciones históricas de los espacios nacionales con lugares distantes, alude a la realización de lo “nacional/internacional” como una dimensión espacial transnacional.

El concepto de formación social globalizada comporta además otra particularidad: en su representación planetaria destaca las complejas interpenetraciones de las partes, no como fragmentos (v. gr., naciones), sino como segmentos que se compenetran. También designa que lo “nacional”, lo “regional” o lo “local” constituyen realidades localizadas, pero cuyos centros se encuentran deslocalizados, porque constituyen segmentos de una totalidad abarcadora. En una formación social globalizada el todo es más que la suma de las partes, porque los intersticios y redes que compenetran los distintos segmentos también constituyen formas de realización de lo global.

En una formación social globalizada, el poder ya no reside ni en los lugares de donde emana ni en los cuales se ejerce de modo inmediato, situación que se explica por el hecho de que el poder ha abandonado su condición territorializada, se encuentra diseminado por la totalidad de intersticios que comunican y compenetran los distintos segmentos y asume una representación más *soft*, pero no por ello menos efectiva. Solo así se entiende que el territorio haya dejado de ser una condición suficiente para la realización del poder.

Es, por tanto, entendiendo la globalización como una transformación histórica —que ha puesto los cimientos de una nueva era— como podemos entender la conversión del mundo en una categoría histórica. Esta última perspectiva es, a

nuestro modo de ver, la que mejor permite dar cuenta de la radicalidad de los cambios que ha registrado la historia presente. Sin entrar a discutir si nos encontramos frente a una modernidad radicalizada, una segunda modernidad, o una modernidad-mundo, consideramos que el sello distintivo de nuestra época es el advenimiento de un tiempo global, como representación de una historia global y de una naciente sociedad global.

En esta premisa encontramos una importante proposición metodológica que nos ayuda a entender uno de los aspectos fundamentales de la globalización: esta historia global no puede ni debe interpretarse en función de una región en particular, sino como la imbricación segmentada, parcelada y/o fluida de todas las regiones del planeta en una dinámica que las recubre e interconecta. Al contrario de lo que tanto se ha argumentado, luego del fin de la guerra fría la historia no llegó a su fin, pero sí supuso el desenlace de ciertas historias (la historia universal, la historia mundial) y también la entrada en escena de una nueva, la historia global.

Mientras la legendaria historia universal era una historia de lugares, regiones o países en donde lo universal aludía a la pretensión de un determinado pueblo o región a pensar el esquema evolutivo de acuerdo con sus propios cánones y experiencia, de lo cual se colegía qué debía contemplarse como desarrollo. La historia universal era también una medida pura todas las cosas, de donde emanaba el principio de contraposición entre atraso y progreso, barbarie (periferia espacial), primitivismo (atraso temporal) y civilización.

La historia mundial, por su parte, apuntaba a una forma particular de compenetración del mundo de acuerdo con la organización que le proporcionaban los grandes imperios, los cuales regulaban el orden interno de sus respectivas zonas de control e influencia (producción, formas de gobierno, movilidad), contrayéndose lo internacional a la gama de vínculos de competencia y colaboración entre las respectivas metrópolis.

El escenario que impera en nuestro presente más inmediato es distinto: es una historia global, entendida como un alto nivel de compenetración del mundo en donde se acentúan las diversas trayectorias de modernidad, las cuales, a través de los intersticios globalizantes, entran en sincronía y resonancia. Como sugiere Walter Mignolo, las historias mundial y universal resultan ser en la actualidad tareas imposibles o poco creíbles. Las legendarias historias de estos tipos eran diseños globales de historias particulares. “Hoy, las historias locales están ocupando la primera línea y, por el mismo motivo, están sacando a la luz las historias locales de las que emergen los diseños globales con su impulso universal”.²⁵ Precisamente, la historia global constituye la puesta en escena y la convergencia de estas historias locales con propósitos globales, pero dentro de un mismo horizonte global.

Por su naturaleza, la historia global plantea la necesidad de desarrollar una narrativa que le sea propia. El tiempo glo-

bal sugiere que los anteriores tiempos nacionales que se diferenciaban del repetitivo y poco articulado tiempo internacional son subsumidos por una temporalidad que desde lo global los reubica, les otorga un sentido, los encadena y los somete a un cambio permanente. El tiempo global no alude a la convergencia en torno a un huso horario, tipo meridiano de Greenwich, sino a encadenamientos de momentos, eventos y situaciones y a la concordancia y aproximación de referentes y expectativas. A diferencia de los tiempos universal y mundial, los cuales contaban con unos centros cuya cadencia temporal se encontraba catalizada por la actuación de los grandes actores, el tiempo global, no obstante las diferencias y disimilitudes entre los diferentes colectivos, se encuentra privado de núcleo central y los encadenamientos son más fluidos. El tiempo global goza de una densidad que rompe con cualquier representación de tiempo lineal o tiempo universal de etapas de desarrollo. Es un tiempo que combina la continuidad y la discontinuidad, la evolución lenta y la aceleración a través coyunturas de mutación y crisis. Es un tiempo que desestructura y reestructura las articulaciones entre una amplia gama de tiempos.²⁶

En síntesis, la esencia del cambio de época que nos ha correspondido vivir consiste en que el mundo se ha convertido en una categoría histórica y, en este sentido, el desafío no consiste tanto en estudiar la manera como la globalización ha transformado el universo de las "relaciones internacionales", como en desarrollar, a partir de las dinámicas globalizantes, una propuesta que permita dar cuenta del advenimiento de un tiempo global, eje nodal de la historia global, principio que permite organizar de manera novedosa lo internacional como intimidad del mundo y no como exterioridad de las naciones.

Referencias

1. Ianni O. Teorías de la globalización. México: Siglo XXI; 1996. p. 3.
2. Ricœur P. La memoria, la historia y el olvido. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica; 2000. p. 275.
3. Viroli M. La sonrisa de Maquiavelo. Barcelona: Tusquets; 2000. p. 145.
4. Halliday F. Afterschocks that hill eventually shake us all. *The Observer*, 10 de marzo de 2002.
5. Fazio H. El mundo en los inicios del siglo XXI: ¿Hacia una formación social global? Bogotá: IEPRI, Uniandes; 2004.
6. García N. Latinoamericanos buscando lugar en este siglo. Buenos Aires: Paidós; 2002. p. 12.
7. Mignolo WD. Historia locales, diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo. Barcelona: Akal; 2002. p. 21.
8. Karim H. Muslim encounters with the media: towards an intercivilizational discourse on globality? En: Mohammadi A. (ed.) *Islam encountering globalization*. Nueva York: Routledge Courzon; 2002.
9. Sassen S. Los espectros de la globalización. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica; 2003.
10. Featherstone M. Islam encountering globalization. En: Mohammadi A. (ed.). *Op cit.*
11. Beck U. ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización. Barcelona: Paidós; 1998.
12. Ortiz R. La mundialización de la cultura. Bogotá: Convenio Andrés Bello; 2004.
13. Kaldor M. La sociedad civil global. Barcelona: Tusquets; 2004. p. 107.
14. Ianni O. La era del globalismo. México: Siglo XXI; 1999. p. 85.
15. Barman Z. La globalización: consecuencias humanas. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica; 1999. p. 49-50.
16. Beck U. La crisis de la sociedad global. México: Siglo XXI; 2002. p. 5.
17. García N. Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad. México: Grijalbo; 1990.
18. Santos M. Por otra globalización: del pensamiento único a la conciencia universal. Bogotá: Convenio Andrés Bello; 2004. p. 9.
19. Kapra F. El Tao de la física. Málaga: Sirio; 2003.
20. _____. La trama de la vida: una nueva perspectiva de los sistemas vivos. Barcelona: Anagrama; 2003.
21. Fischer E. La otra cultura: lo que se debería saber de las ciencias naturales. Barcelona: Galaxia Gutemberg; 2003.
22. Beck U. Poder y contrapoder en la era global. Barcelona: Paidós; 2004. p. 87.
23. Fazio H. La globalización en su historia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; 2002.
24. Bright C, Geyer M. For a unified history and the world on the twentieth century. *Radic Hist Rev* 1987;39:69.
25. Mignolo WD. *Op cit.* p. 81.
26. Peemans JP. Le développement des peuples face à la modernisation du m du monde. Essai sur les rapports entre des théories du "développement réel" dans la seconde moitié du XXème siècle. Louvain-La-Neuve : Academia Bruylant y L'Harmatthan; 2002. p. 264.